

# CAAC

## La danza cósmica al compás de los abismos del alma

DELCY MORELOS

*Profundis*

(28 de mayo de 2024 – 9 de marzo de 2025)

«En las tradiciones andinas ancestrales, el ser humano es tierra viva: soy un cuerpo, soy tierra. En el espacio de la exposición, la tierra se expresa a sí misma; es el centro y el espejo de lo que somos».

DELCY MORELOS

El poder sustentador del todo, la vida, teje sus hilos en una red intrincada de conexiones de distinta naturaleza y se manifiesta de innumerables formas. Desde lo más pequeño, el germen, la semilla de los seres de la naturaleza; los valles de extensos prados, los ríos que serpentean entre ellos y se esconden en los bosques, o las estrellas que titilan en la vastedad del firmamento, cada elemento del universo contribuye a la danza de la existencia.

Esta red de interrelaciones inevitables sustenta la creatividad de la artista colombiana **Delcy Morelos** (Tierralta, Colombia, 1967) que, desde la acuarela de gran formato hasta las grandes instalaciones hechas con tierra que transforman el espacio que las acoge, investiga en las cosmovisiones mitológicas universales, y particularmente en las precolombinas, para insistir en la interdependencia entre los seres humanos, los animales, las plantas y los espíritus, nacidos todos de la misma semilla, la de la Pachamama de las culturas incaicas, la de la Bachué de los chibchas de su tierra natal, la de la «Madre Tierra», término recogido por las Naciones Unidas para referirse a nuestro planeta (2009).

**Delcy Morelos** estudió en la Escuela de Bellas Artes de Cartagena y comenzó su carrera como pintora que trabajaba sobre superficies tradicionales

con preferencia hacia los rojos —«Sentía que el rojo no era un simple color, lo percibía como una sustancia en sí misma que emanaba de mis dedos»<sup>1</sup>—, pero, desde que empezó a trabajar con tierra, su investigación del color la llevó por otros derroteros: «La tierra puede ser de muchos colores: azul, gris verde, café claro, café oscuro, amarilla, ocre, naranja, negra o roja. [...] En mis primeras obras con tierra, la tierra es de color rojo. Lo que hace que la tierra sea roja es la gran cantidad de hierro que contiene, el mismo elemento que hace que la sangre que corre por nuestras venas sea roja. Hay una profunda relación entre nosotros, los humanos, con la tierra, y hemos perdido esa conciencia». Derroteros que comienzan en *Earthly Paradise* (2022), instalación realizada para la exposición principal de la 59a Bienal de Venecia, para seguir con *El lugar del alma* (2022), instalada en el subsuelo del Museo Moderno de Buenos Aires, *El abrazo*, en la Dia Art Foundation, Chelsea, Nueva York (2023); *Interwoven*, en Pulitzer Arts Foundation, San Luis (2024), y, finalmente, llegan al Centro Andaluz de Arte Contemporáneo con *Profundis*.

Así pues, desde la visión de una naturaleza que es sagrada, mítica y, a la vez, un ser vivo con el que estamos íntimamente conectados, Morelos propone respetar el espíritu de todos los elementos de la naturaleza y cuidar del equilibrio de los ecosistemas. La tierra, la arena, el albero son los materiales de los que Morelos se sirve para diseñar, a través de un minimalismo geométrico, formas envolventes, inmersivas y multisensoriales en forma de cuevas, mastabas, zigurats, pirámides o umbrales, en los que el espectador se ve sensualmente rodeado por la fertilidad de la tierra y su poder generador, y puede llegar a alcanzar una comprensión más amplia de la realidad, que incluye dimensiones espirituales, energéticas y cósmicas más allá de lo visible: «Estar en contacto con la tierra e internarse en ella es entrar en contacto con lo que nos constituye y nos nutre; los cimientos donde se desarrolla la vida mientras es habitada por el alma. El arte permite la posibilidad real y mítica de crear momentos y espacios sagrados. [...] Para reconectar con la naturaleza, despierto

---

<sup>1</sup> Las opiniones directas de la artista proceden de su entrevista con Julián Sánchez González con motivo del proyecto de investigación del Instituto Cisneros del MoMA, «Vinculando lo sagrado: corrientes espirituales en el arte latinoamericano y caribeño del siglo xx, 1920-1970», [www.moma.org](http://www.moma.org), 2023.

en mí el arquetipo de la mujer ancestral, la maga, la curandera y la bruja del caldero [...]. Quiero entender el poder de la tierra, de la materia, del espíritu, las plantas, el color, el fuego, el viento, el agua y el trueno; encontrar presagios en las nubes, en el café, en el chocolate, en las manchas de la acuarela y en el canto de los pájaros; cultivo plantas para aprender de ellas; escucho y respeto los ciclos de la luna, que rigen las aguas, las mareas, las emociones y los ciclos femeninos».

**Morelos**, mediante el uso de materiales orgánicos explora, pues, conceptos relacionados con la fertilidad, la creatividad y la transformación como catalizadores de cambios en la sociedad: «La tierra sigue siendo el elemento en disputa en la lucha armada, es la obsesión que desencadena la inequidad y es el botín de todas las guerras. [...] empecé a preguntarme cómo acercarnos a la tierra desde otras inquietudes, y cómo abordar esa materia pura y vital desde la reverencia y el asombro». Su obra, como la de **Joseph Beuys**, invita a reflexionar sobre el papel del arte y del individuo en la transformación del mundo. En *Arena* (1970-1972) **Beuys** utilizó este material en una instalación donde se hallaba esparcida por el suelo, como una reflexión sobre la profunda conexión holística entre la humanidad y la naturaleza. Consideraba que el ser humano era parte integral del ecosistema y abogaba por un enfoque más respetuoso y cuidadoso hacia la tierra y sus recursos. **Morelos** refleja esta visión en *Profundis*, que alienta una conciencia mayor de nuestra interdependencia con el mundo natural y la necesidad de preservar su integridad, y va más allá al alinearse con el concepto de «ecología profunda» acuñado por **Arne Naess** en 1973, con el que el filósofo activista noruego aboga por un enfoque en la conservación del medio ambiente que trascienda la preocupación superficial y se adentre en una comprensión más profunda de la interconexión de todos los seres vivos. Además, **Morelos**, a través de la experiencia sensorial que generan sus instalaciones en quienes se acercan a ellas, subraya la idea de que la naturaleza tiene un valor intrínseco independiente de su utilidad para los humanos, y propone un cambio cultural profundo hacia un vínculo más intenso con el mundo natural a través de la

creación artística que nos ayude a alcanzar una mayor comprensión de nosotros mismos –un proceso de autoexploración– y de nuestro lugar en el mundo.

El activismo silencioso de **Morelos**, su reverencia por la tierra, se explicita en su exploración, a través de la abstracción geométrica, de temas como la identidad y la memoria colectiva. La artista colombiana, al invitarnos a que nos adentremos en sus piezas, nos envuelve en la majestuosidad de la tierra, el aroma de las plantas y de las especias. Al sentirnos abrazados por ellas, nos sumerge en una introspección cuyo «deseo o intención es que el espectador, al cruzar ese umbral, entre a la dimensión de lo sagrado, de la gestación y de la fragilidad. El olor precede y anuncia la experiencia, y la tierra es la materia de la cual todo emerge y a la que todo regresa para regenerarse en el ciclo de la vida y la transformación». Una transformación que, como ya hemos señalado, para ella conlleva un cambio social.

*Profundis* es un viaje hacia la reconexión con la memoria histórica a través del aroma, de la tierra como elemento ancestral, donde las especias y plantas introducidas en Europa procedentes de las Américas regresan invadiendo el espacio expositivo de la Zona Monumental del monasterio de la Cartuja con sus perfumes y texturas, unas texturas que provienen de la manera ancestral de las culturas andinas de construir con su adobe particular; unos perfumes que son los de las ofrendas a la diosa Pachamama como alimento para la tierra. El monasterio fue un lugar clave en el siglo xv, cercano a Cristóbal Colón y, más adelante, en el siglo xvi, en la Sevilla americana, un núcleo neurálgico de la ciudad y de las relaciones entre España y el continente americano. Desde mayo de 1525, el rey Manuel I de Portugal ordenó que se donara a la Cartuja una arroba de pimienta, jengibre, canela y clavo, cinco libras de benjuí y cuatro arrobas de azúcar, algo extraordinario no sólo por el alto precio de las especias, sino por la austeridad reglada de los monjes. Pareciera, pues, que el monasterio estaba predestinado a recibir la obra de Morelos para recuperar una memoria sensorial perdida —un viaje de ida y

vuelta de Sevilla a las Américas— que regresa gracias al CAAC, que hoy acoge el antiguo cenobio.

La instalación de **Morelos** ocupa varios espacios de la iglesia de Santa María de las Cuevas: la Capilla de Colón, donde el navegante estuvo enterrado tras su fallecimiento en Valladolid, La Capilla de Profundis, la Sacristía, la Capilla de la Magdalena y el Refectorio.

La nave central de la iglesia de Santa María de las Cuevas alberga una estructura geométrica monumental con la que **Morelos** ha recreado un espacio de fertilidad, de entendimiento, de unidad y de conexión con el todo. Dividida en dos partes, inmersiva y envolvente, nos desafía a adentrarnos en ella, a profundizar en lo desconocido del pasillo de aromas y tierra. La instalación ocupa el centro del espacio, como si se tratara de un coro en el que reza la tierra, o de un umbral, y surge de forma majestuosa, con una presencia imponente que emana fecundidad y vida. Al fondo, en el altar, un mantón de color dorado domina la nave de la iglesia. La inmensa tela tejida y pintada con albero rige el espacio. «En el universo todo está tejido como en un canasto, los opuestos se entrelazan en nudos cada vez más cercanos hasta que pueden sostener el agua» como dice el indígena uitoto, Isaías Román maestro de filosofía amazónica de **Morelos**, o como manifiesta la artista «Los polos opuestos se entrelazan en un tejido en el que no hay separación, y todos nosotros somos, junto a todo lo que existe, hilos de ese entramado que recibe, contiene y se entreteje constantemente». De este mismo acto de tejer con la tierra, con el albero tan característico de la ciudad hispalense, es la pieza que domina el altar de la iglesia iluminando toda la nave central de la iglesia.

En la Capilla de Colón, otra imponente estructura geométrica envuelta por una amalgama de tierra, plantas, semillas y especias —tabaco, semillas de maíz, fibra de coco, canela, catalpa, clavo o chía— varias de ellas oriundas de las Américas e introducidas en Europa en el siglo XV por el navegante,

cultivadas específicamente para este proyecto a través de un laborioso proceso de agricultura ecológica supervisado por la artista y realizado por el CAAC.

El ábside de la iglesia nos dirige hacia la Capilla de Profundis —el lugar que los monjes destinaban en el monasterio a orar por los difuntos antes de cada comida— y la Sacristía, donde **Morelos** recrea una cueva y nos invita a entrar en ella, para enfrentarnos de lleno como espectadores a una visión metafísica del mundo que conecta con el mito platónico de la caverna. Adentrarnos en ella es caminar en un mundo sin sombras que requiere profundizar en la sabiduría de lo incierto, en un universo sin interpretación ni subjetividad: «La vida es una sombra que camina», como dice Shakespeare en *Macbeth*. Pero la intención de **Morelos** es que salgamos; que, por medio del poder transformador del arte reconectemos con la tierra a través del aroma y la forma, y vislumbremos la luz: la verdad escondida en *las profundidades*; la comprensión más allá de las apariencias superficiales.

En la Capilla de la Magdalena, una instalación similar a la de la sacristía hace de puerta, de separación entre dos mundos que dependen el uno del otro como dependen, de forma intrínseca, la luz y la sombra la una de la otra. «Desde las profundidades emergen la esperanza, la luz y el amor», dijo Oscar Wilde en *Profundis* (1897), una meditación conmovedora sobre el alma, la dualidad, el sufrimiento y la redención de la condición humana, y sobre el poder transformador del perdón y de la comprensión a través de la búsqueda de la luz.

*Profundis* invade los rincones de la Zona Monumental del monasterio, llevándonos hasta el Refectorio, donde los monjes comían en completo silencio. En esta sala, dominada por un artesonado mudéjar del siglo XVI con forma de artesa, **Morelos** establece un diálogo directo con la memoria histórica a través de la tierra y su poder sagrado de reconciliación. La tierra, en las dos piezas del Refectorio, actúa como un medio para traer a la superficie, bajo una envoltura misteriosa, una comprensión más reflexiva y honesta del pasado. Morelos

excava y revela memorias enterradas, como un acto simbólico hacia una exploración más profunda de la memoria histórica colectiva.

La premisa de que la tierra misma es un cuerpo que respira es parte esencial de la mitología de ciertos grupos indígenas originarios de los Andes y del Amazonas colombiano, de donde procede **Morelos**. *Profundis*, podría asimismo, interpretarse desde el punto de vista del concepto de Diosa Madre o Gran Diosa, deidad femenina principal asociada con la fertilidad, la naturaleza y la vida en las culturas neolíticas preindoeuropeas, acuñado por James George Frazer en *La rama dorada* (1890) y desarrollado por seguidores de su teoría como Robert Graves (*La diosa blanca*, 1948) o Marija Gimbutas (*Diosas y dioses de la vieja Europa, 7000-3500 a. C.*, 1974), pues, para Morelos, «lo femenino [...] se refiere a una estructura y a una manera de relacionarse con el mundo desde ciertos intereses específicos: la escucha, la nutrición, el cuidado, el inconsciente, la armonía, la conectividad, la emoción, el conocimiento adquirido desde el instinto y la experiencia corporal. Este enfoque femenino puede cultivarse desde cualquier género, pues me parece una inclinación humana, y más allá todavía, vital».

El viaje de ida y vuelta de *Profundis* al tejido cosmológico de culturas ancestrales nos recuerda la diversidad y complejidad del ser humano, así como su capacidad para encontrar un significado y la conexión con el mundo que lo rodea al margen de su origen geográfico o cultural. La universalidad del lenguaje de **Morelos** radica ahí, en llamar la atención a través de su obra sobre el «canasto» en el que está tejido el universo, en subrayar la interconexión de los ecosistemas, en señalar el espacio simbólico y abrir la ventana a los sentidos para que podamos captar el compás de la danza cósmica, de la armonía de las esferas, y reconocer nuestro lugar en este baile eterno de la existencia:

«Como mujer y como artista, siempre me detengo a escuchar esas palabras ancestrales y sabiduría que vienen desde la selva amazónica o las chozas de barro y piedra en los picos de los Andes. Es una sabiduría que fluye como un río desde hace ya cientos de años, a través de abuelos, abuelas, taitas y curanderos, herederos de un

conocimiento contenido en relatos orales, ceremonias y rituales. Lo que transmite este saber es cómo comunicarnos con la tierra, con las plantas, con el río, con la montaña, con el viento, el fuego, el sol y la luna; cómo integramos en nuestros ciclos humanos a ese discurrir planetario y cósmico».